

ÉPOCA SEGUNDA

DE

LA HISTORIA ECLESIASTICA (312-476).

CAPITULO PRIMERO.

SUMARIO.

PONTIFICADO DE SAN SILVESTRE I (31 de enero de 314-31 de diciembre de 335).

1. Época segunda de la historia eclesiástica. — 2. Eleccion del papa san Silvestre I. — 3. Lactancio. Sus obras. — 4. Eusebio de Cesarea. Sus obras. — 5. Solitarios. San Antonio, san Amon, san Pacomio, san Hilarion, Padres del desierto. — 6. Concilio de Arles contra los Donatistas. — 7. Concilio Ancirano en Galacia, de Neocesarea en el Ponto, y de Gangres en la Bitinia. — 8. Legislacion cristiana de Constantino. — 9. Crueldades de Constantino. — 10. Reaccion contra el cristianismo. Persecucion de Licinio. Mártires. — 11. Guerra entre Constantino y Licinio. Derrota y muerte de Licinio. — 12. Antecedentes de Arrio. — 13. Herejía de Arrio. — 14. Concilio de Alejandria contra Arrio. — 15. San Atanasio, diácono de Alejandria. — 16. Liga de Arrio y de Eusebio de Nicomedia. Composicion de la Talía. — 17. Cartas del patriarca san Alejandro contra el arrianismo. — 18. Intervencion de Constantino en el negocio del arrianismo. — 19. Primer concilio ecuménico de Nicea en Bitinia (325). — 20. Apertura de este concilio. — 21. Sesion pública del concilio Niceno. — 22. Profesion de fe, conocida bajo el nombre de Símbolo de Nicea. — 23. Cuartodecimanos. Cuestion de la Pascua, decidida por el concilio Niceno. — 24. Negocio de los Melecianos, ventilado en el concilio Niceno. — 25. Cánones de disciplina del concilio Niceno, ó bien *Cánones apostólicos*. — 26. Autoridad jerárquica de los patriarcas, arreglada por el concilio Niceno. — 27. Eleccion y ordenacion de los obispos y presbíteros. — 28. Celibato de los clérigos. — 29. Reglas para la reconciliacion de los herejes y de los *lapsos*. — 30. Disciplina eclesiástica relativa al matrimonio, arreglada por los cánones apostólicos. — 31. Conclusion del concilio Niceno. — 32. Deposicion de Eusebio de Nicomedia y de Teognis de Nicea por el concilio de Alejandria. — 33. Fundacion de iglesias, y donaciones pias de Constantino. — 34. Invencion de la Vera Cruz por santa Elena, madre de Constantino. — 35. Progresos de la fe fuera del imperio romano. — 36. Fundacion de Constantinopla. — 37. San Atanasio, patriarca de Alejandria. Intrigas de los Eusebianos contra san Eustasio, patriarca de Antioquia. — 38. Arrio, condenado á no entrar ó volver á Alejandria por resistencia de

san Atanasio. San Antonio en Alejandría. — 39. Concilio arriano de Tiro contra san Atanasio. — 40. Destierro de san Atanasio á Tréveris por el emperador Constantino. — 41. Dedicacion de la iglesia de Jerusalem (13 de setiembre 335). — 42. Muerte del papa san Silvestre (31 de diciembre de 335).

SAN SILVESTRE I, PAPA (31 de enero de 314-31 de diciembre de 335).

1. La primera época habia sido para la Iglesia como un bautismo de sangre. Todas las fuerzas de una sociedad poderosa por la victoria de las armas, por los esplendores de una civilizacion llegada á su apogeo en el siglo de Augusto, por las glorias de la elocuencia, artes y poesía, se habian declarado contra la religion de Jesucristo. La lucha, prolongada durante tres siglos, concluye á favor de la Iglesia, la cual monta con Constantino al trono de los Césares. Comienza entonces una era nueva. A los combates contra los tiranos, suceden los combates contra los errores, falsas doctrinas y herejías. No se le disputaba ya á la Iglesia el derecho de vivir, mas sí la posesion de la verdad. Se tratará en adelante de alterar la integridad de sus dogmas, la pureza de su fe, la legitimidad de sus tradiciones divinas. El error agrupará en torno de él inteligencias descarriadas, mas poderosas, por la seduccion de la elocuencia; agrupará cabe él poblaciones enteras, emperadores y reyes. La Iglesia les opondrá las solemnes decisiones de sus concilios ecuménicos, las luces y erudicion de sus doctores. Sus nuevos defensores, siempre á la brecha, se mostrarán por do quiera tenga la verdad necesidad de su testimonio, de su voz, de su pluma. La segunda época es época de herejías, de concilios, de doctores; y se abre con la eleccion de san Silvestre al soberano pontificado el 31 de enero de 314.

2. San Silvestre, sacerdote romano, era hijo de Rufino y de santa Justa: Dios le llamaba á un pontificado tranquilo, y el mas largo despues del de san Pedro. El emperador Constantino enriquecia con imperial munificencia la Iglesia que gobernaba Silvestre. Este santo pontifice dirigió al clero muchos reglamentos apropiados á la nueva situacion que ocupaba en el mundo. La antigüedad, aunque unánime en encomiar

su acierto, oportunidad é importancia, no nos ha revelado empero el asunto sobre que trataban. San Silvestre es el primer papa que haya sido representado adornado de la tiara: este solemne ornamento convenia en efecto al triunfo de la Iglesia, que habia comprado con la sangre de los mártires y los sacrificios de los confesores el derecho de llevar esta corona.

3. El magnífico espectáculo que acababa de presentar al mundo la victoria de la Iglesia sobre el paganismo era sin duda el mas á propósito para inspirar el genio de los autores cristianos, los cuales se sentian naturalmente propensos á volver la vista á lo pasado para analizar cada fase de esta gran lucha; para desarrollar los nuevos principios que introducía en el mundo la religion cristiana, para testificar, en fin, con la historia cada progreso de la Iglesia. Tal es el carácter de las obras de dos escritores ilustres de esta época, Lactancio y Eusebio de Cesarea. Lactancio, llamado el Ciceron cristiano, enseñaba retórica en Nicomedia, y fué llamado por Constantino para dirigir la educacion de su hijo Crispo. Los cuidados de tal maestro formaron del jóven César un perfecto principe; mas una acusacion calumniosa de Fausta, su madrastra, le hizo morir; teniendo Lactancio el dolor de sobrevivir á un discípulo digno de él. La obra mas célebre de Lactancio es su *Tratado de la muerte de los perseguidores*; y en efecto, el fin trágico de tantos emperadores que habian teñido sus manos en sangre de cristianos era asunto muy propio para la elocuente pluma de un apologista. La justicia divina, cuyo dedo estaba señalado en cada página de este libro, debia de hacer impresion en los corazones de una generacion contemporánea de tantos hechos memorables. La lógica de este asunto condujo naturalmente á Lactancio á componer un segundo tratado sobre *la cólera de Dios*, en donde prueba, contra la doctrina de los estóicos, que Dios no se muestra indiferente por el bien ó por el mal; que hay castigos y venganzas para los malos, así como recompensas para los buenos. La idea de una Providencia activa y vigilante es desarrollada por Lactancio mas

especialmente en su libro *de las Obras de Dios*. Todo el sistema cristiano de la Providencia se encuentra tambien explicado en una obra mas importante y mas extensa intitulada : *Las instituciones divinas*, dividida en siete libros : 1°. de la falsa religion ; 2°. del origen del error ; 3°. de la falsa sabiduría ; 4°. de la sabiduría verdadera ; 5°. de la justicia ; 6°. del verdadero culto ; 7°. de la bienaventuranza, ó de la vida feliz. Esta obra inmensa, que abrazaba toda la economía de la religion, fué compendiada por Lactancio mismo : poseemos aun este doble trabajo, destinado á favorecer el movimiento que impelia entonces á las inteligencias hácia el estudio del cristianismo, y que correspondia á las necesidades de una época de transicion entre los errores paganos y la luz del Evangelio. El encanto del estilo de Lactancio, su copiosa y pura latinidad, que hacia revivir las tradiciones literarias del tiempo de Augusto, contribuyeron á esparcir sus obras y á traer á la fe los corazones y los espíritus.

4. Por el mismo tiempo, Eusebio, obispo de Cesarea, publicaba en griego su obra de la *Preparacion y de la Demostracion evangélica*. En la primera parte dispone el espíritu á creer en el Evangelio, y en la segunda demuestra su verdad. Toma á su lector en medio de las tinieblas del paganismo para conducirle como por la mano á los resplandores de la verdadera fe. En la *Preparacion*, dividida en quince libros, se propone desde luego refutar la fabulosa teogonía de los poetas, la teogonía alegórica ó física de los filósofos, y la teogonía política ó legal de las ciudades y provincias. Cuando se removia el mundo moral para asentarse sobre las sólidas bases de la doctrina evangélica, era necesario probar la inanidad ó flaqueza de los fundamentos sobre que se habia apoyado durante tantos siglos. Despues de haber batido en brecha los errores del paganismo, restaba aun mostrar cómo la religion judía habia servido de descubierta y preparacion á la de Jesucristo. Este es el objeto que se propone el obispo de Cesarea en una discusion extensa y profunda sobre los libros de Moisés y los Profetas, que abrazaba los veinte libros de la *Demostracion*

evangélica, de los cuales solo nos quedan los diez primeros. Bajo ese punto de vista, la religion de Jesucristo no es una religion nueva en el mundo : comienza en la caida de Adan que nos reclama la promesa de un Salvador : va perpetuándose en los Patriarcas, en la excepcional existencia del pueblo hebreo, en las esperanzas de los justos, en las figuras del antiguo Testamento, en la voz inspirada de los Profetas, y se realiza en fin en el advenimiento del Mesías, que llena cumplidamente todas las profecias, colma las esperanzas, completa las figuras, llena las ansias de los Judíos, el deseo de los Patriarcas y la promesa de un reparador, hecha por el mismo Dios en la cuna del mundo. Se ve que este plan es tan vasto como magnifico y que correspondia á todas las exigencias de la polémica contemporánea. Eusebio despliega una erudicion inmensa. Su estilo sencillo, mas puro, es claro y conciso. La *Historia eclesiástica* sigue de cerca á la *Demostracion evangélica*. Es mas bien una coleccion de piezas históricas, de largas citas de antiguos autores, cuyas obras se han perdido despues, que no una obra acabada, una historia propiamente dicha. La conducta observada por Eusebio en la gran cuestion del arrianismo, promovida en su tiempo, está muy lejos de ser irreprochable. Así es que el período de su historia relativo á estos hechos no es siempre tan imparcial como fuera de desear. Fuera de esto, Eusebio ha prestado eminentes servicios conservando para la historia los preciosos monumentos de la Iglesia primitiva. Este trabajo sobre la religion cristiana, en su pasado, puede considerarse como el complemento de la grande obra de la *Preparacion* y de la *Demostracion evangélica*. Eusebio era un historiador infatigable. Para abrazar mejor los hechos de la humanidad entera y enlazarlos con el cristianismo, que sube desde el Salvador por los profetas, Moisés y patriarcas hasta Adan, *que fué de Dios* ; para descubrir el fin providencial de los imperios terrestres, que van todos á parar en el imperio divino y eterno de Cristo, compuso su *Crónica* ó tablas de historia universal desde el principio del mundo, año por año, hasta su tiempo. Ese es el plan que, siglos mas tarde, desar-

rolló Bossuet tan magníficamente en su inmortal obra maestra el *Discurso sobre la historia universal*. Eusebio se valió para la ejecución de su *Crónica* de los trabajos análogos de Justino de Palestina, de Clemente Alejandrino, Taciano de Babilonia, Teófilo de Antioquía y de Julio Africano, que habian manejado esta materia antes que él.

5. En tanto que los doctores sostenian así la fe cristiana con su erudicion y elocuencia, Dios multiplicaba en el desierto una generacion de solitarios piadosos que la hacian respetar mas y mas con sus milagros y con el espectáculo de sus virtudes. La sencillez de sus costumbres, su apego inviolable á las máximas y leyes de la Iglesia debian mas tarde formar de los monasterios un asilo, una fortaleza segura contra las seducciones de la herejía y del error. Todas las mansiones de san Antonio en las rocas del desierto habian sido señaladas por la fundacion de santas guaridas que habia poblado y llenado en breve la fervorosa piedad de aquellas felices edades. El santo patriarca se habia fijado últimamente en el monte Colzim, llamado despues monte de San Antonio, á una jornada del mar Bermejo. Los animales del desierto respetaban sus trabajos y los campos que cultivaba. Dios renovaba por su mano el milagro de la peña de Moisés, y hacia saltar á sus piés manantiales de agua viva. Los enfermos acudian á bandadas para ser curados por medio de sus oraciones. Venian á preguntarle dificultades los filósofos paganos, y se volvian con el tesoro de la verdadera sabiduría que habian hallado en las respuestas de este sublime ignorante. — Otras soledades se poblaban de otros santos. Amon, de noble y rica familia, acababa de contraer un ilustre casamiento ó desposorios por complacer á sus padres. En el día mismo de su boda, leyó á su jóven esposa el elogio que hace san Pablo de la virginidad, y la persuadió á vivir, de comun acuerdo, en perfecta continencia. Despues de diez y ocho años de esta angélica vida, la muerte de sus padres permitió á Amon retirarse á los montes de Nitria, donde bajo la direccion de san Antonio pasó veintidos años en el ejercicio de todas las virtudes, fundó un gran

número de monasterios y acabó en paz una carrera cuyos dias habia bendecido el cielo. — El atractivo de la soledad influía poderosamente en todas las clases de la sociedad. Jóvenes soldados alistados por fuerza, durante la guerra de Maxencio y Constantino, desembarcaban un dia en el puerto de Tebas, en Egipto. Estaban encerrados como presos y tratados con el mayor rigor. Varios desconocidos se les acercan, les saludan como á hijos, les consuelan y proporcionan todos los socorros que están en su mano. Uno de los soldados pregunta quiénes eran aquellos hombres tan bienhechores, y se le dice que eran cristianos que vivian en el retiro, la oracion y ejercicio de la caridad. El jóven militar se llamaba Pacomio. Este recuerdo fué fecundo en su corazon y llevó frutos de salvacion. Acabada su carrera militar, se volvió á las montañas de la Tebáida á llamar á la puerta de la celdita del santo ermitaño Palemon. « Pan y sal es toda mi comida, dice el venerable anciano; » paso la mitad de la noche en cantar salmos ó en meditar la » sagrada Escritura. » Pacomio, aunque interiormente espantado de tal austeridad, respondió: « Espero de nuestro Señor » Jesucristo que, ayudado de vuestras oraciones, yo perseveraré hasta la muerte en este género de vida. » Cumplió su palabra. Despues de un noviciado de muchos años, se fué con Palemon al vasto desierto de Tabenna, en la diócesis de Tentira ó Denderah; edificó muchos monasterios, á los cuales dió regla, y en los cuales se contaban ya, antes de su muerte, hasta siete mil religiosos ó monjes. — En el mismo tiempo, Hilarion, de Gaza en la Palestina, cuya aplicada juventud daba las mas halagüeñas esperanzas, habiendo oido hablar de san Antonio, se fué á él, y bajo tan gran maestro aprendió los secretos de la vida ascética. Le dejó para huir de la numerosa afluencia que atraia cada dia la fama del santo patriarca, y acompañado de algunos discípulos, se volvió á la Palestina para inaugurar allí la vida solitaria. Sus vestidos consistian en un saco, una túnica de piel, que le habia dado san Antonio, y una capa de lugareño. Algunos higos secos, que solo comia al ponerse el sol, fueron toda su comida durante seis años.

Mas tarde aumentó aun esta austeridad. Trabajaba con sus manos labrando la tierra y tejiendo cestas de junco ó de mimbres como los solitarios de Egipto. Una celdita que él mismo se construyó, de cuatro piés de ancho, cinco de alto, algo menos que su estatura, pero algo mas larga de lo necesario para acostarse, le servia de casa, ó mas bien de sepultura. Hasta muy avanzada edad se acostó en tierra, y solo con mucha pena se resignó á acostarse en una estera de junco. El don de milagros fué desde este mundo la recompensa del santo anacoreta, y cuando enfermos siríacos venian á los piés de san Antonio buscando remedio á sus males: « ¿Porqué, les decia, os habeis cansado en venir de tan lejos, cuando teneis allí » á mi hijo Hilarion?

6. El concilio de Letran, celebrado por el papa san Melquiades contra los Donatistas, no habia terminado las reyertas, porque obispos ambiciosos é indignos de su augusto carácter no hacian sino fomentar mas las animosidades. La vuelta de Donato de *Casis Nigris* á Cartago habia sido para Ceciliano, el obispo católico de esta ciudad, la señal de una persecucion mas violenta y encarnizada que nunca. Los cismáticos sostenian siempre que la ordenacion de Ceciliano era nula, porque Félix de Aptonga, obispo consagrador, habia sido traditor en tiempo de la persecucion. Pretendian probar que esta cuestion no se habia dilucidado suficientemente en el concilio de Letran, y en su consecuencia pedian otro juicio, no queriendo atenerse al primero. Dirigieron tambien sus quejas á Constantino, como la vez primera. « ¿Cómo! exclamó el emperador, » ¿interponen apelacion, como los paganos en sus procesos? » Para darles satisfaccion, hizo informar jurídicamente por el procónsul de África sobre la conducta de Félix de Aptonga durante la persecucion. Fué solemnemente reconocido inocente Félix, y su principal acusador convencido de haber falsificado unas actas públicas para dar colorido á su calumnia. Esta sumaria y la sentencia subsecuente no satisficieron á la animosidad de los Donatistas; comenzaron de nuevo sus quejas y con la misma obstinacion. Constantino los citó á un con-

cilio que se celebró en Arles, en las Galias, « no, dice san » Agustin, porque hubiese necesidad de nuevo juicio despues » del concilio de Letran, sino para poner término á sus importunaciones, y con el deseo de reprimir su descaro. » El emperador hizo reunir á expensas del erario los obispos de Italia, Sicilia, África, las Galias, España y la Gran Bretaña. El papa san Silvestre envió cuatro legados, dos sacerdotes y dos diáconos. Las operaciones del concilio se abrieron el 1.º de agosto de 314. Ceciliano, el obispo inculpado, se personó en el concilio: fué examinada segunda vez su causa. Se articulaban dos delitos ó reparos contra él: el primero, que simple diácono habia ido durante la persecucion por orden del obispo Mensurio á la puerta de la cárcel con varas y una tropa de gentes armadas para impedir que se llevase comida á los mártires encarcelados; el segundo, ya formulado otras veces, que los prelados que lo habian consagrado, particularmente Félix de Aptonga, habian sido traditores. Ambos artículos, despues de un maduro exámen, fueron declarados completamente falsos; en su consecuencia fué proclamada la inocencia de Ceciliano, y condenados sus calumniadores. Los Padres del concilio de Arles, despues de haber tratado esta primera y principal cuestion, se ocuparon en formular cánones de disciplina, que dirigieron al papa con una carta sinódica redactada en nombre de todos los obispos presentes. Transcribimos aquí el principio de esta carta, monumento precioso de la veneracion filial de la antigua Iglesia de las Galias á la Santa Sede.

« A nuestro muy amado papa Silvestre, Marino, Agre- » cio, etc., etc., salud eterna en el Señor. Juntamente unidos » por el vínculo de la caridad, en unidad con nuestra santa » madre la Iglesia católica, convocados en la ciudad de Arles » por los deseos del piadosísimo emperador, os saludamos » desde aquí, gloriosísimo Pontífice, con la veneracion de- » bida. Hemos tenido que luchar contra hombres turbulentos » y sin respeto por la ley y las tradiciones de la Iglesia; mas » por la presente autoridad de nuestro Dios, y por la regla » constante de la verdad, han sido confundidos. No se ha